



**FERNANDO
LALANA**



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2013, Fernando Lalana
© 2013, Editorial Casals, SA
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig
Ilustración de cubierta: Francesc Punsola

Tercera edición: julio de 2016
ISBN: 978-84-8343-273-0
Depósito legal: B-16229-2013
Printed in Spain
Impreso en Anjos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Previo (lunes)	7
El asunto Cuencasat y el falso puro del general Cascorro	9
Capítulo primero (hace cuatro semanas)	15
El nuevo trabajo de mi madre	17
Gabardina	21
Cluedo	23
Capítulo segundo (el mismo lunes de antes)	25
El saluki de don Vicente	27
Loor a Jim Carrey	33
Plaza Mayor	35
Villa Agripina	38
Tres notables	40
Novata	46
DKNY	48

Capítulo tercero (martes)	51
Siete galletas maría	53
Athanasius	56
Veinte números	61
Capítulo cuarto (miércoles)	63
Nuestro segundo cliente	65
Dos opciones	69
Tutti frutti	72
Allanamiento	75
Teniente Manley	89
El hijo del espía	92
Archipiélago gulag	99
Guinness	103
Horchatería Tortosa	107
Academia Marmolejo	111
Retrocediendo: el principio (dos semanas antes)	113
Llama un albacea	115
Dominó	122
Cuca pasa al ataque	132
Cinco colores	136
Hal 9000	141
Flores para Elvira	146
Confidencial	148
Capítulo quinto (jueves)	155
La primera llamada	157
Perros olímpicos	158

Engaño	162
Sociedad Protectora de Animales (y Plantas)	166
Ildefonso Tagore	168
Cocodrilo del Nilo	173
Kouru, Guayana	176
Voluntarios	182
Capítulo sexto (viernes)	185
Un disparate	187
Número oculto	191
Acreditación magnética	194
Revelación	200
Un trabajo excelente	203
El dilema	204
El azar	211
La decisión	214
Epílogo	229

Previo (lunes)

El asunto Cuencasat y el falso puro del general Cascorro

El teniente Felipe Manley había querido ser espía desde que tuvo uso de razón. Su padre ya fue espía, y también su abuelo, así que la vocación le venía de familia. Y al terminar el colegio, decidió estudiar para espía. Durante muchos años, actuó para el Servicio de Operaciones Especiales (SEROPES). Tras un oscuro período en Sudamérica, ahora, ya retirado de la acción directa, había regresado a España para colaborar como analista en la sede central del Gabinete de Análisis (GABANA), uno de los departamentos más exclusivos del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), los servicios secretos españoles.

Manley era un tipo listo, por eso se percató enseguida de la importancia del informe que encontró sobre su mesa aquella mañana. Lo leyó con atención, solicitó información adicional y, con unas cuantas conclusiones garaba-

teadas en un papel, se dirigió al despacho del General Benigno Cascorro, su inmediato superior.

–¿Da su permiso, mi general?

–Adelante, Manley, adelante.

El general Cascorro apoyaba los pies sobre su mesa y aparecía envuelto en una humareda azulada procedente del enorme puro que fumaba con deleite.

–Pero, mi general... le recuerdo que está prohibido fumar dentro de las instalaciones.

–Ya lo sé, hombre, ya lo sé. Se trata de un puro falso. Un puro electrónico, de última tecnología japonesa. Sabe como el tubo de escape de una furgoneta Ford pero, al menos, parece un puro. Es una cuestión de imagen. Un general sin un puro es como... como un jardín sin flores, ¿no cree? Bueno, ¿qué tripa se le ha roto?

Manley carraspeó.

–Mi general, creo que estamos ante una posible situación de emergencia.

–Habrá que bombardear, entonces. ¡Que se preparen los B-52! ¡Código rojo!

El teniente Manley se rascó concienzudamente la ceja derecha mientras suspiraba.

–Me temo que... no se trata de algo que podamos solventar con un bombardeo, mi general.

–¿No? ¡Qué raro! Si algo he aprendido en mis muchos años como militar, es que casi todos los problemas se pueden arreglar con una buena bomba en el momento oportuno. Sobre todo, si es de fósforo. Son mis favoritas. ¡Cómo

brillan al explotar! ¡Y lo bien que huelen! ¿Ha olido alguna vez una bomba de fósforo, Manley?

–No, no señor. Yo nunca he entrado en combate.

–Pues no sabe lo que se pierde. ¡Ah, qué recuerdos...! Entonces, me decía que...

–Se trata del Cuencasat, mi general.

–¡Que lo fusilen!

–¿Cómo?

–¿Sabe por qué el mundo anda tan mal, Manley? ¡Porque se fusila poco! ¡Ah, si yo fuera presidente de este país...! ¡Íbamos a salir a fusilamiento diario! Ya vería usted lo que iba a cambiar el panorama en cuatro días.

–No lo dudo. Pero al Cuencasat no se le puede fusilar, mi general. Se trata de un satélite artificial.

–¡Un satélite, dice! ¿Y usted cómo lo sabe?

–Porque el nombre acaba en *-sat*, mi general. Casi todo lo que acaba en *-sat* es un satélite: Hispasat, Eutelsat... el Cuencasat es un satélite puesto en órbita por la Diputación Foral de Cuenca hace casi dos décadas, en los años de las vacas gordas, cuando había dinero para todo.

–No me lo recuerde, que me pongo triste. ¡Qué tiempos! ¡Qué lujo! El ejército disponía incluso de gasoil para poner en marcha los carros de combate, no le digo más. Y bien, ¿qué rayos ocurre con ese tal Cuencasat, si puede saberse?

Manley ojeó algunos de los informes que llevaba, hasta elegir uno.

–Verá, general: resulta que el pasado viernes por la tarde, nuestro servicio de astronáutica y fontanería detectó

un desplazamiento inesperado del Cuencasat, que abandonó su órbita habitual hasta situarse pegadito, pegadito al Meteosat.

–¡Huy! ¡Cómo me suena eso del Meteosat!

–Se trata del satélite artificial europeo que se utiliza para predecir el tiempo.

–¡Ah, claro! Lo mencionan de vez en cuando en la televisión, después del telediario, ¿verdad? Aunque yo, personalmente, me fío más del Calendario Zaragozano.

–Ahora viene lo malo, general. Hemos llamado a la Diputación de Cuenca. Nos han informado de que el Cuencasat termina su vida útil dentro de tan solo cuatro días. Y que, en ese momento, está programada automáticamente su destrucción mediante un potente explosivo interno. Si el Cuencasat estalla en su actual situación, el Meteosat también quedará destruido o, al menos, irreversiblemente dañado.

–Si es que no se puede uno fiar ni de los satélites. ¡Qué asco de sistema solar!

–Imagínese el caos que eso causaría, señor.

Cascorro se puso en pie lentamente, con el ceño fruncido.

–Me hago cargo, Manley, me hago cargo –masculló Cascorro–. Si el Meteosat queda fuera de servicio... ¡estaremos ante una hecatombe!

–Me alegro de que lo vea tan claro, mi general.

–¡Naturalmente! Con el Meteosat inútil, no sabremos cuándo va a llover. ¡Así que todo el mundo tendrá que salir siempre de casa con paraguas! ¡Con lo que estorban los

paraguas! Yo creo que es el peor obstáculo para la vida moderna. ¡Nos enfrentaremos a la posibilidad de un caos absoluto!

Manley suspiró.

–Un certero análisis, mi general. Por ello, el gobierno de la nación nos ha encargado solventar este problema de la manera más rápida y discreta posible.

–En ese caso... quizá habría que avisar al servicio secreto. ¿No cree, teniente?

–Nosotros somos el servicio secreto, mi general.

–¡Huy! Pues habrá que poner manos a la obra, entonces. ¿Qué sugiere usted, Manley?

–He hecho unas indagaciones y... ya tengo una primera idea de por dónde empezar, mi general.

–¿Ah, sí? Cuente, cuente...

Capítulo primero
(hace cuatro semanas)

El nuevo trabajo de mi madre

No sé si os habéis fijado, pero la gente mayor se comporta de una forma muy rara cuando pierde el trabajo.

Yo me di cuenta de ello cuando echaron a mi madre del colegio en el que trabajaba como maestra. Aún no me explico por qué la despidieron. Yo creo que es una maestra estupenda. Pero, por lo visto, apareció alguien con unas tijeras. Y el tío de las tijeras le dijo a mi mamá que se fuera.

–Uno de nosotros dos sobra en este colegio, forastera. Y no soy yo.

Así, como en una película de indios y vaqueros, debió de ser la cosa, más o menos.

Sin embargo, no penséis que mi mamá llegó aquel día a casa abatida, cabizbaja o meditabunda. Qué va. Era el último día de curso y mi mamá apareció la mar de contenta.

—¿A que no sabes qué? ¡Me han despedido, hijo! Me han dicho que, después de las vacaciones, no me moleste en volver. Por lo visto, en este país sobran maestros y profesores. Al parecer, estos últimos años hemos estado enseñando por encima de nuestras posibilidades.

Era todo muy raro. Además de decir todas aquellas cosas tan extrañas, mi madre sonreía. Sonreía mucho. Yo no entendía nada. La miré de arriba abajo, estupefacto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que te han echado del trabajo?

—¡Sí, hijo! ¡Me han echado a patadas!

—Y ahora... ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a comer? ¿Con qué nos vamos a vestir? ¿De qué está compuesta la materia oscura del universo?

—Esto último no lo sé, hijo. Pero sobre lo anterior, sí tengo una idea clara. De ahora en adelante, viviremos de la investigación privada.

—¿Qué es eso? ¿Un nuevo nombre para la mendicidad?

—No, Félix, cariño, nada de eso. ¡Voy a trabajar como detective privada! Mira, mira: con la generosa indemnización que me han dado tras mis trece años de trabajo, me he comprado esto. ¡La ilusión de mi vida!

Llevaba en la mano una bolsa del Corte Inglés. La abrió y sacó una caja plana. Abrió la caja y, de ella, extrajo con mimo una lupa enorme. Pero enorme. La más grande que he visto en mi vida. Del tamaño de una bandurria, o casi. Se la puso delante del ojo derecho y me miró, sonriente. Feliz. La pupila se le veía grande como un huevo frito.

18 —¿Te has gastado la indemnización en una lupa? ¿En esa lupa?

–Eeeh... fectivamente, hijo. Pero menuda lupa. ¡Menu-
da lupa! No es una lupa cualquiera. Es una lupa de cristal
alemán, no sé si te has fijado. Zeiss, se llama.

–Ah, bueno. Eso me tranquiliza mucho, mamá... Y di-
me: ¿para qué quieres una lupa tan grande y tan alemana?

Ella sonrió. Acercó la lupa a la pared y examinó con in-
terés los dibujos del papel pintado. Unos dibujos la mar de
curiosos. Como paramacios gigantes. Yo nunca me había fi-
jado en ellos. Mi madre carraspeó antes de seguir hablando.

–Verás, hijo... resulta que también me he apuntado a un
cursillo rápido de detective privado. En la Academia Mar-
molejo que, por lo que me han dicho, es la mejor. Y resul-
ta que, para hacer el cursillo, es imprescindible tener una
buena lupa. Lo demás, no importa: edad, condición físi-
ca, puntería... todo eso les es indiferente. Pero disponer de
una buena lupa de cristal alemán resulta fun-da-men-tal.

–Eso... y que les pagues el precio del cursillo, imagino.

–¡Pero si es baratísimo!

–Seguro que sí. ¿Y cómo...? ¿Cuándo...? ¿Cuándo em-
piezas?

–El lunes que viene. Me he apuntado a la modalidad
exprés. Seis días.

–¿En solo seis días te van a enseñar a ser detective pri-
vado?

–¡En cuatro! El quinto día es de repaso y el sexto, el
examen. Está avalado por el Ministerio de... de... no sé
qué ministerio, el de Agricultura y Pesca, me parece. Y, si
apruebas, te dan un diploma oficial y ya puedes investigar
privadamente lo que te dé la gana.

Yo, la verdad, nunca había visto a mi madre tan ilusionada por algo. Así que, aunque aquello me parecía un disparate del tamaño de la catedral de Burgos, sonreí como un buen hijo.

–Estupendo, mamá. Se avecinan buenos tiempos.

Gabardina

El primer día del cursillo exprés, mi madre regresó a casa echando las muelas.

–¿Qué ha ocurrido?

–¡Nada! –gruñó ella.

–Va, cuéntamelo.

–¡Que no!

–Hala, va.

–¡No han hecho más que tomarme el pelo! ¡Estoy que muerdo!

Yo me temía algo así.

–Seguro que eres la única mujer del curso.

Mi madre me miró de soslayo.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque siempre he sido un muchacho listo e intuitivo.

–Y un poco pedante, también. Pero sí, tienes razón esta vez. ¡Soy la única mujer! Sin embargo, el problema es que soy la única que no viste con sombrero y gabardina.

–¿Todos los demás alumnos llevan sombrero y gabardina?

–Lo del sombrero creo que es opcional pero, por lo visto, un buen detective siempre usa gabardina.

–¡Pero si estamos a finales de junio!

–Al parecer, un buen detective debe ir con gabardina incluso en pleno verano. Una tradición.

–Una memez. Ni se te ocurra, ¿eh, mami? ¡Ni se te ocurra! A ver si te va a dar un sofoco.

–Pero es que se me pitorrean, hijo.

–Pues tú, nada. Pasando. Como me aconsejabas a mí cuando iba a la guardería con corbata de gomita. ¡Hala! Aplícate el cuento.

Cluedo

Seis días se pasan volando, aunque no tengas gabardina. Y, por fin, el último día del cursillo, mi madre llegó a casa la mar de sonriente.

–¡Ya está, hijo!

–¿Ah, sí? ¿Ya eres *detectiva* privada?

–Ya. Y he sacado la mejor nota.

–¡Qué bien! ¡Esa es mi madre! ¡Enhorabuena!

–Resulta que el examen final era una partida de Cluedo... ¡y les he ganado a todos! El asesino era el señor Marrón, en la biblioteca, con el mazo de ablandar la carne. ¡Toma!

Nos echamos a reír. El Cluedo era mi juego favorito de pequeño. Enseñé a jugar a mi madre hasta que llegó a hacerlo bastante bien. No tanto como yo, pero bastante bien.

Al día siguiente, encargamos en la ferretería Dalmacio una placa de madera y latón para nuestra puerta. Como no

nos pusimos de acuerdo sobre si lo correcto es *detective* o *detectiva*, optamos por lo seguro:

ELVIRA BALLESTEROS
–INVESTIGACIONES–

Durante tres semanas esperamos la llegada de nuestro primer cliente. Se resistió a aparecer, esa es la verdad.

Pero, al fin, cierto miércoles estival aunque ventoso, a primera hora de la mañana, sonó el timbre de la puerta y...

Capítulo segundo
(el mismo lunes de antes)

El saluki de don Vicente

—**M**amá... ¡mamá! —grité, para hacerme oír por encima del rumor de la ducha.

—¿Qué pasa?

—Tenemos un cliente. ¡Por fin!

—¿Qué? ¡Ah...!

Escuché entonces un pequeño estropicio.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, hijo, no es nada. Del susto, he resbalado y casi me rompo la crisma. Pero estoy bien. ¿Un cliente, dices? ¡Madre mía! ¿Lo has hecho pasar al despacho?

—Claro. Te está esperando.

—¡Voy, voy! ¡Qué oportuno, caramba! ¡Dile que voy ahora mismo!

Durante el día, habilitábamos mi cuarto como despacho profesional. Cambiábamos la mesa de lugar, le poníamos

encima un vade color burdeos que fue del abuelo y la superlupa de mamá; trasladábamos allí dos sillas de la cocina y un mueblecito bajo del salón con varias grandes carpetas archivadoras –vacías, de momento– que habíamos etiquetado «Casos pendientes», «Casos resueltos» y «Casos brillantemente resueltos»; y, por fin, descolgábamos de la pared mi póster de Madonna y lo cambiábamos por el diploma oficial de mamá y un cartel en el que se veía a Humphrey Bogart interpretando a Sam Spade en *El halcón maltés*. Para dar ambiente.

–Mi madre vendrá enseguida. Es que la ha pillado usted en la ducha. No esperábamos a nadie tan temprano.

–La desgracia no tiene horario, joven –me respondió el recién llegado, con tono sombrío.

Se trataba de un sujeto mayor, alto, canoso y bronceado, que vestía pantalones de lino y guayabera. En la entrada, se había despojado de un sombrero panamá.

–Si quiere, le puedo ir tomando nota de los datos y eso que adelantamos.

–Me parece bien, muchacho.

Me senté tras la mesa y saqué un bloc y mi pluma Pilot M-90. Al verla, el hombre frunció el ceño de inmediato.

–Es una chalequera muy bonita. ¿Siempre escribes con pluma?

–Sí. Me gusta.

–También a mí –dijo el hombre sacando la suya del bolsillo y mostrándomela.

–¡Holá! –exclamé, bastante impresionado–. Una Parker Duofold. De una serie especial, por lo que veo. ¿La *True Blue*, quizás?

Él sonrió, satisfecho.

–Y yo veo que entiendes de estilográficas. Eso me indica que he venido al lugar adecuado.

–No le quepa duda. ¿Me dice su nombre?

–Vicente Barrantes. Con be de Bucarest.

–¿Vicente con be?

–Barrantes con be.

–Ya decía yo... ¿Profesión?

–Jubilado.

–¿Me deja su dirección y un teléfono de contacto?

El hombre iba a responderme cuando, de pronto, pareció quedarse estupefacto. Al cabo de unos segundos, reaccionó, rebuscó nerviosamente en su cartera y sacó una tarjeta de visita.

–Toma. Aquí están todos mis datos. Será más fácil.

Tomé nota de todo calmosamente. Como al terminar de hacerlo seguíamos oyendo a lo lejos el sonido del secador de pelo de mi madre, decidí continuar, no fuera a marcharse el cliente, cansado de esperar.

–Bien y... ¿en qué podemos ayudarle, don Vicente?

–He venido en busca de ayuda para resolver una misteriosa desaparición.

Caray. Para tratarse de nuestro primer caso, parecía un asunto importante. Sentí un cosquilleo en la espalda. La intuición de que me encontraba ante algo realmente emocionante.

–¿Quién ha desaparecido? –pregunté, afilando la mirada. El anciano se inclinó hacia mí antes de responder:

–Mi perro.

Lentamente alcé las cejas mientras pensaba para mis adentros: «No me fastidies...»

–Su... perro –repetí.

–Eso es. Se encuentra en paradero desconocido desde hace doce horas. Aquí tengo una foto. No aparece muy favorecido, pero creo que servirá.

Tomé la fotografía que me tendía el hombre. En efecto, en ella se veía a un perro grande, de cara afilada y pelo largo y negro, con una mancha blanca en el pecho en forma de puente romano de una sola arcada. Durante al menos un minuto, fingí observar la foto del chucho con interés, aunque en realidad trataba furiosamente de decidir qué hacer en semejante situación. Sabía que a mi madre no le iba a hacer ninguna gracia comenzar su nueva carrera profesional buscando una mascota extraviada. Es lo peor. Lo más bajo que puede caer un investigador privado. Si ella hubiese estado en mi lugar, estoy seguro de que habría echado a don Vicente a la calle con cajas destempladas. Pero, por otro lado, nuestra situación financiera comenzaba a ser preocupante. Traducido: que estábamos sin un euro. Y, además, ya decían los comerciantes fenicios hace dos milenios que por nada del mundo debes dejar escapar a tu primer cliente. Da mala suerte.

–Se trata de un saluki –explicó don Vicente, interrumpiendo mis pensamientos–. También se les llama galgos persas. ¿Sabes que su figura ya se representaba en las pi-

rámides del antiguo Egipto, hace cinco mil años? Al parecer, el faraón Tutankamón salía de caza acompañado por dos de ellos...

–Mire, don Vicente... –le interrumpí, a mi vez–, nuestra agencia de investigaciones no se ocupa de buscar mascotas. Mi madre es una profesional diplomada, con licencia expedida por el Ministerio de Agricul... por el Ministerio. Por un ministerio.

El hombre inspiró profundamente.

–Lo sé; y por eso he venido aquí. No busco un detective de mascotas. Quiero un detective bueno.

–Ya, estupendo... pero la cuestión es que... suponiendo que aceptásemos el caso, tendríamos que cobrarle nuestra tarifa habitual. Como si estuviésemos buscando a una persona humana. ¿Me comprende?

–Claro que sí. ¿Cuál es la tarifa habitual de tu madre?

Ahí me había pillado. ¿Alguno de vosotros sabe cuál es la tarifa habitual de un detective privado? ¿A que no? Pues yo, entonces, tampoco. Ni la más remota idea.

–Cien euros al día –improvisé, tras tragar saliva–. Bueno... por ser usted, que me ha caído bien, se lo puedo dejar en noventa y nueve. Y pedimos una semana por adelantado.

Ante mi sorpresa, don Vicente asintió al momento.

–De acuerdo. Eso serán... quinientos noventa y cuatro euros, ¿verdad?

–Pues...

–Porque supongo que una semana supondrá seis días de trabajo. El domingo hay que descansar.

–Eeeh... sí, correcto.

El hombre volvió a echar mano de su cartera, pero esta vez no fue para sacar la fotografía de un perro sino para sacar tres billetes de banco de color amarillo.

–Ahí tienes. Seiscientos euros. Los seis que sobran me los descuentas del próximo pago. ¿Te parece?

El corazón se me había acelerado.

–Sí, bien, me parece bien, sí, le... le voy a dar un recibo.

–¡No! –exclamó él, de inmediato.

–¿No?

–Es mejor no dejar rastro alguno de nuestro trato. Y si no puedes fiarte de alguien que escribe con estilográfica, ya me dirás qué clase de mundo es este. Preferiría que todo este asunto lo llevásemos de la forma más discreta y sencilla: yo te doy la pasta y tu madre encuentra a mi perro, ¿vale?

–Se intentará. Por cierto... ¿cómo se llama el perro?

–Marajá.

–¿Majara?

–No, no: Marajá.

–Maharajá.

–Que no: Marajá.

–Ah, Marajá.

–¡Ajá!